

LUIS MUÑOZ MARÍN O LA SUBVERSIÓN DEL PASADO

LIBIA M. GONZÁLEZ
(Universidad de Puerto Rico)

...nuestro programa es convertir la esperanza en historia; convertir la esperanza de los puertorriqueños en la historia de Puerto Rico del futuro inmediato. Una breve ojeada al pasado nos revela cuánto de lo que era esperanza en 1940 es historia hoy en 1956.

Luis Muñoz Marín, discurso de campaña pronunciado por radio el 14 de noviembre de 1956.

Por algún tiempo la historia cultural sobre Puerto Rico ha afirmado que el imaginario sobre lo «nacional» se originó en la década de 1930. Los trabajos de intelectuales como Arcadio Díaz Quiñones¹ y María Elena Rodríguez Castro² han estudiado cómo durante esos años un grupo significativo de la intelectualidad del país, reunidos en torno a instituciones como el Ateneo y la Universidad de Puerto Rico (yo diría también al periodismo), se dio a la tarea de elaborar un proyecto cultural como una alternativa a la incertidumbre política y a la desastrosa situación económica del país.

Según estos estudiosos los treintistas buscaban dotar al país de un coherente pasado histórico que le diera sentido familiar e identidad a los puertorriqueños. Después de todo, la historia, como publicaba la revista *Índice* en 1929, «era la continuación de esfuerzos precedentes, de obstáculos vencidos, de verdades compradas, de rectificaciones establecidas»³. Los treinta por lo tanto parecen ser el período en que esta élite culta ex-

¹ Arcadio Díaz Quiñones, «Recordando el futuro imaginario: la escritura histórica en la década del treinta», *Sin Nombre*, San Juan, vol. XIV, núm. 3, abril-junio 1984.

² María Elena Rodríguez Castro, «Tradición y modernidad: el intelectual puertorriqueño ante la década del treinta», *Boletín del Centro de Investigaciones Históricas*, Universidad de Puerto Rico, Río Piedras, núm. 3, 1987-1988, p. 45.

³ «La santa continuación», *Índice, Mensuario de historia, literatura y ciencia*, año 1, núm. 6, 13 de septiembre de 1929, p. 83.

presa tener conciencia de sí misma y se autodenomina la generadora de proyecto patriótico. «El pensador orienta al pueblo», expresaba José Coll Cuchí en 1934, convencido de que «Puerto Rico posee todo lo que contribuye a formar la personalidad de una nación»⁴.

Se ha dicho que durante esta década la gestión intelectual buscaba un instrumento de cambio que contribuyera a salvar el país de su desintegración total frente a los Estados Unidos. Como todos sabemos, dos resultados de esta búsqueda aparentan ser la renovación del movimiento independentista en el seno del Partido Nacionalista⁵ y la fundación del Partido Popular Democrático en 1938, ambos encabezados por la élite intelectual⁶.

Otras investigaciones también apuntan a que hubo una segunda etapa de articulación de estos proyectos historicistas en la década siguiente. Como indica María Elena Rodríguez Castro, durante dicha época buena parte de la intelectualidad decide romper con su nacionalismo de Ateneo y formular una agenda social cuyo objetivo principal era una participación política más activa y el diseño de un programa político futurista que garantiza la sobrevivencia del pueblo puertorriqueño dentro de los marcos de una sociedad moderna pero en asociación a los Estados Unidos⁷. Una nueva visión sobre la puertorriqueñidad menos amparada en los tiempos pasados, se destaca en los intelectuales «treintistas» que se agruparon en el seno del Partido Popular Democrático. Luis Muñoz Marín, el líder de este partido en un célebre manifiesto daba un puntapié a los esfuerzos de su propia generación y en 1936 decía lo siguiente:

Nosotros –todos los líderes de Puerto Rico, en el campo político, económico, en el cultural– ... tenemos que crecer... Lo pasado es prólogo. Las carabelas de Colón llegaron, Ponce de León conquistó y pacificó. Eso fue prólogo. Los españoles del siglo XVI echaron los cimientos de una comunidad aislada en todo un mundo nuevo. Y eso fue prólogo... Y el prólogo tiene que terminar hoy. Y hoy tiene que empezar la obra en sí de un pueblo maduro y de una nacionalidad cons-

⁴ José Coll Cuchí, «Relieves históricos de Puerto Rico», *Puerto Rico, propaganda pro-turismo*, La Habana, Imprenta La Milagrosa, 1934, p. 10.

⁵ Ver Luis A. Ferrao, *Pedro Albizu Campos y el nacionalismo puertorriqueño*, Río Piedras, Editorial Cultural, 1990.

⁶ Sobre las formas discursivas de los líderes del Partido Democrático véase Silvia Álvarez Curbelo, «El discurso populista de Luis Muñoz Marín: Condiciones de posibilidad y mitos fundacionales en el período de 1932-1936», en Álvarez Curbelo *et al.*, *Del nacionalismo al populismo*, Río Piedras, Ediciones Huracán, 1993, p. 13.

⁷ María Elena Rodríguez Castro, «Foro de 1940: Las pasiones y los intereses se dan la mano», en Álvarez Curbelo *et al.*, *op. cit.*, p. 61.

ciente de sí misma tanto en el espíritu de ciudadanía como en el espíritu de patriotismo...⁸.

En el período de la década del 50, cuando el Partido Popular accede al gobierno con el consentimiento del voto popular, su inmediata gestión fue dotar al país de una Constitución política que legitimaba el Estado Libre Asociado de Puerto Rico y sus emblemas constitutivos. El nuevo código, aunque no ofrecía al país su soberanía política, garantizaba una autonomía que permitía a las élites gobernar así como oficializar el discurso sobre la identidad. Símbolos ya conocidos por la tradición como el himno «La Borinquena», las banderas de Puerto Rico y Estados Unidos y las históricas enseñas con que se distinguió a la Isla en los tiempos de España, permanecían y permanecen todavía como emblemas oficiales del Estado Libre Asociado. Inicialmente estos iconos se difundieron a través de los programas culturales de instituciones como el Departamento de Educación y el Instituto de Cultura Puertorriqueña, las cuales además divulgaron las efemérides, levantaron museos sobre la «familia puertorriqueña» y monumentos para animar la ilusión del pasado. El Estado Libre Asociado, a mi modo de ver, creó, a través de estas instituciones, un lugar de convergencia para los diversos relatos de la historia nuestra.

Como los intelectuales que le antecedieron antes de los treinta, Luis Muñoz Marín, como otros treintistas, también elaboró su relato histórico a tono con los tiempos fundadores del ELA en los cincuenta. ¿Dónde quedó el pasado, la nación y lo histórico en su era de progresos? ¿Dónde quedaban los relatos fundacionales de los treinta y de las generaciones anteriores? ¿Cómo se armó su relato? Esto es lo que examino a través de sus discursos de la década de 1950.

«Toda construcción histórica presupone una vuelta atrás», sostiene Michel de Certeau⁹.

Al respecto creo poder afirmar que esta vuelta atrás tanto en el XIX como en el XX en Puerto Rico fue como en toda historiografía una ruptura con el tiempo anterior que colocaba a las generaciones nuevas de frente a un pasado ya marcado por rupturas anteriores.

Como parto de la premisa de una ruptura, quisiera comenzar por las narrativas que precedieron a Muñoz, y que para su generación habían sido tema de estudio, creación y reflexión.

⁸ «Muñoz Marín dirige un manifiesto a los puertorriqueños», *El Mundo*, 25 de junio de 1936, p. 1.

⁹ Michel de Certeau, *L'écriture de l'histoire*, París, Editions Gallimard, 1975, p. 1.

Arcadio Díaz Quiñones afirma que la obra del historiador Salvador Brau se fue haciendo central en la tradición que ha dominado cultural y políticamente en el siglo XX¹⁰. De mi relectura se desprende que, aunque las historias de Brau sobre Puerto Rico y la colonización se convirtieron en textos básicos en la enseñanza de la historia después de 1950 –tanto en las escuelas como en la universidad–, su obra en los 1930 fue repensada por escritores como Pedreira, en ánimo de alentar otro sentido a la puertorriqueñidad.

Pedreira, quien admitía que con Acosta y Brau empezó la filosofía de la historia de Puerto Rico en el siglo XIX, rompió con los conceptos de progreso, civilización y docilidad que sostenía Brau. En un tono pesimista parece afirmar que el progreso no fue asunto del pasado sino del presente y que el mismo era causante de la agonía de la sociedad. De esta manera el progreso no era como para Brau una utopía de los tiempos venideros. Decía Pedreira que así como se tenían más escuelas, más centrales (azucareras), carreteras, oficios y profesionales también había aumentado «nuestra desgracia colectiva». Para éste el progreso sinónimo de cantidad y no de cualidad, no era asunto de civilización como para Brau, sino de cultura. Compartía sin embargo con Brau la perspectiva del hombre culto. Una sociedad civilizada tendría como guía y redentor al hombre culto. Al igual que Brau, Pedreira reclama ese espacio para los intelectuales. «Hoy somos más civilizados pero ayer éramos más cultos¹¹ –decía–, a la vez que señalaba que la democracia estaba en crisis en el mundo debido a que el subir los valores de la plebe bajaban los de los «selectos». El eco de la vulgaridad de la muchedumbre eclipsaba a los inteligentes en el mundo de las igualdades.

De modo que a Pedreira le preocupa el ascenso de la plebe. Con iguales oportunidades para todos –apuntaba–, la plebe se ha sentido satisfecha al ver subir sus valores a costa del descenso de los hombres cultos. De este modo si en el siglo XIX se sueña con instrucción para la masa en el siglo XX se denuncia como uno de los males de la democratización. Para escritores como Pedreira la educación del nuevo tiempo beneficiaba a los inepetos y no le rendía favores a los inteligentes¹².

Por ello Pedreira y hombres como Emilio S. Belaval, Vicente Géigel Polanco y Miguel Meléndez Muñoz, entre otros, señalaron la urgencia de

¹⁰ Arcadio Díaz Quiñones, «Salvador Brau: la paradoja de la tradición autonomista», *La Torre*, julio-diciembre 1993, año VII, p. 404.

¹¹ Antonio S. Pedreira, *Insularismo*, Río Piedras, Editorial Edil, 1978, p. 77.

¹² *Ibíd.*, p. 79.

crear una vida cultural y en el caso de Pedreira, de colocar «los mejores hombres para los mejores puestos». La cultura de Pedreira no era popular, sino de altura intelectual. Es por eso que él mismo rechaza las costumbres del pueblo inculto y del campesino. De estos últimos, por ejemplo, le molestaban sus «andrajosas» y «horrorosas décimas jíbaras». Proponía una cultura antialdeana, un arte criollo superior al que hizo en el siglo XIX Manuel Alonso en su obra *El Jíbaro*.

Por otra parte, Pedreira, al admitir que a los puertorriqueños les faltaba construir su nacionalidad, sabía que para conseguir esa integridad nacional era importante trascender la polémica racial y social, viva en el país como herencia del debate partidista de principios de siglo. A ello viene su exhortación y autorreflexión cuando declaraba que su deber como el de los suyos era conseguir «una amorosa comprensión de todas las clases, sin alimentar ese horrendo y bestial sentimiento de los prejuicios sociales»¹³.

La nacionalidad puertorriqueña en los treinta era como el progreso en el siglo XIX, una ilusión y un proyecto. Para escritores como Pedreira no era asunto de partidos políticos ni de elecciones ni de un Estado nacional con himnos y banderas.

El proyecto cultural, en palabras de Emilio S. Belaval, resolvería el problema más urgente de la vida puertorriqueña. Para éste como para Pedreira lo nacional era un esquema cultural en que los puertorriqueños se reconciliaban con su historia y con las proyecciones de la marcha del tiempo. En este sentido, parecían seguir las palabras del intelectual español Samuel Gili Gaya, quién desde las páginas de la Revista *Índice* escribía: «La cultura nace de adentro, no es cosa de sentarse a llorar por las ruinas de pretérito sino escuchar el alma presente...iluminada de futuro»¹⁴.

Tomás Blanco lo planteaba en su *Prontuario histórico*, el mismo que realizó apoyado en las obras de Brau y de Paul Miller. Sobre el proyecto nacional decía:

Seleccionemos y coordinemos los materiales de diverso abolengo para crear una originalidad típica con raigambres en nuestras tradiciones y nuestra idiosincrasia. Adaptemos de la civilización universal todo lo que pueda servirnos para nuestra madurez y nuestro progreso; pero aspiremos a vivir dentro de una modalidad cultural auténticamente acorde a nuestra isla y a nuestra manera de ser¹⁵.

¹³ *Ibid.*, p. 31.

¹⁴ Revista *Índice*, núm. 15, 13 de junio de 1930, p. 1.

¹⁵ Tomás Blanco, *Prontuario histórico*, p. 148.

Blanco entendía que la fórmula política que podía articular adecuadamente ese proyecto nacional era la autonomía:

Necesitamos plena independencia; personalidad internacional para negociar tratados comerciales por nuestra propia cuenta; real y efectivo self-government que dignifique nuestra política, vigorice nuestro carácter y ejercite el sentimiento de nuestra responsabilidad de pueblo¹⁶.

MUÑOZ MARÍN O LA SUBVERSIÓN DEL PASADO

La historia que Muñoz elabora en 1950 comprende un pasado breve. Su mirada más lejana la remonta a la ciudadanía de 1917 y a la década de los treinta y su principal tema de reflexión es la trayectoria política de su generación, de sí mismo y la del Partido Popular. Su relato es «una recapitulación de lo político, lo económico y social de Puerto Rico durante los últimos años».

En 1951, en un discurso pronunciado en el pueblo de Barranquitas, en conmemoración del natalicio de su padre y líder autonomista del siglo XIX, Luis Muñoz Rivera, establecía cuál era su perspectiva con respecto a los otros. Dejaba claramente establecido que su recuento mostraba el «ensanche de su propio pensamiento» y el de su generación.

Su recapitulación se iniciaba con una reflexión sobre los significados de las palabras «Patria» y «Estado Nacional» y sobre cómo los acontecimientos políticos de las décadas anteriores al cincuenta le movieron a repensar los conceptos que acorralaban a los miembros de su misma generación.

Su memoria se iniciaba así con su ejercicio, que nada tenía en común con las narrativas anteriores, ni siquiera con las reflexiones elaboradas anteriormente sobre la Patria. «La palabra –decía– es para que los hombres se entiendan. Pero a veces hay palabras que por un tiempo hacen que no se entiendan. En nuestro país, la palabra “patria” ha sido una de esas». Su generación –«con más lecturas y menos sabiduría» según el propio Muñoz– había postulado la idea del Estado Nacional, que Muñoz llamará a partir de 1949, la Patria-Concepto. Pero para él «el lenguaje –terreno de la movilidad– permitía considerar otros conceptos fuera de la rigidez de las alternativas clásicas. Reconocía que el Proyecto Tydings le aclaró el entendimiento sobre los significados y desde entonces substituyó la nacionalidad por la patria-pueblo, la patria-paisaje o la patria-gente.

¹⁶ *Ibíd.*, p. 149.

Hemos de agradecerle a este Proyecto que, como gran golpe de maza, empezó a obligarnos a muchos a pensar con mayor cuidado sobre si por devotos de la patria-nombre, estaríamos siendo enemigos de nuestro pueblo, de la patria-pueblo. Sin quererlo, por insuficiencia de pensamiento, por negligencia en el esfuerzo de nuestro espíritu.

En diciembre de 1949 ya Muñoz distinguía su relato de las lapidarias herencias de otros tiempos. Para él el pasado (los treinta) era confusión y tenía como fisonomía el dolor, la escasez y las tribulaciones del espíritu. Cargaba además con el espectro del nacionalismo que consideraba una enfermedad mundial «obsolescente». Su memoria o recapitulación, por lo mismo, no era nostalgia, tampoco recriminación, recuerdos ni reencuentros. Era sobretodo explicación y glosario para los puertorriqueños que se iniciaban en el ejercicio de los derechos civiles. También genealogía de la era que él iniciaba con nuevos significados y que, contrario a la propuesta de Pedreira, colocaba a las masas en el centro de la patria.

Su historia-memoria explicaba, conmemoraba y señalaba frases y eventos para recordar. De su recuento se popularizaron «el status no está en issue» y la idea del partido-patria, el partido de la gente. En su calendario se fijarían las fechas de la historia de la gente: la ciudadanía, la fundación del PPD y los días de la memorable Asamblea Constituyente.

El pasado como lo anunció en 1936 era prólogo, pero prólogo sedimentado en aras de una historia no estática, que comenzaba no con la conquista, ni con la memoria de los padres fundadores del liberalismo como en los relatos tradicionales, sino con la fundación del Partido Popular. El relato era explicación y legitimación fundacional. Los natalicios de Muñoz, Barbosa, Baldorioty y los discursos de campaña contaban esa historia comenzada apenas una década. Su historia exaltaba símbolos que en ninguna manera eran comparables a las rígidas estatuas testigos de otros tiempos. Representaban un origen, pero una memoria sin fisonomía, sino cambiante y viva. A propósito, Muñoz se expresaba en su mensaje durante la sesión inaugural de la Convención Constituyente:

Lo que ha nacido, a base del convenio con la Unión Americana, no es una estatua bella, rígida e incambiable. Es un ser, es si se pudiera ampliar la palabra, un status dinámico, una creación vital. El niño ha nacido. Pronto lo bautizaremos. Vamos todos a criarlo¹⁷.

La historia se iría levantando así en el orden sucesivo de las etapas de una imagen en construcción.

¹⁷ Discurso del 17 de septiembre de 1951, p. 2.

Nada es estático. Todo, especialmente en estos tiempos, está en cambio y crecimiento. Honrar el pasado no es añorar que el presente devuelva sus conquistas; es fortificar las raíces del presente para el mejor florecimiento del porvenir¹⁸.

Armando la memoria joven, Muñoz declaraba, como «momento histórico», cada natalicio de un prócer, el aniversario del partido o la inauguración de algún complejo de nuestro progreso industrial. Su patrimonio: la constitución, la bandera y el voto, así como los iconos de la abundancia y el progreso para los 1950 tales como el aeropuerto, la industria y las termoeléctricas.

CONCLUSIONES

Las rupturas del relato de Muñoz con las narrativas históricas anteriores, se daban en buena medida en la perspectiva desde donde miró al país y en los significados que él otorgó a los conceptos tradicionales sobre la nacionalidad, la civilización y el progreso. Su mirada al pasado no buscó legitimidades ni parentescos, por lo menos en el período estudiado. El lugar de encuentro era el de la ilusión y el diseño de un proyecto de transformación para Puerto Rico.

¹⁸ *Ibíd.*

vador y santo de lo propio»²³. Además, tratándose de la esfera en que pudo concretar mejor su capacidad creadora, esto es la de la cultura, había dictaminado en fecha aún más temprana, en su artículo sobre Oscar Wilde, publicado en *La Nación* el 10 de diciembre de 1882, que «conocer diversas literaturas es el modo mejor de libertarse de la tiranía de algunas de ellas»²⁴, y confirmó esta apertura de pensamiento en la práctica de su propia crítica literaria. En efecto, si juzgó con una severidad quizás un poco excesiva la cultura española del tiempo, al declarar en su comentario ya dicho acerca de Francisco Sellén, que «los pueblos de habla española nada, que no sea manjar rehervido, reciben de España»²⁵, ya el 23 de junio de 1881 había tributado en *La Opinión Nacional* de Caracas un caluroso homenaje a Calderón, «aquel poeta potente que dio tipo al ansia de libertad con Segismundo, y a la de dignidad con *El Alcalde*»²⁶; si se mostró también algo severo con los parnasianos y los decadentes franceses, celebró singularmente a Víctor Hugo y a Flaubert; si dedicó apenas a Henry James una alusión nada grata, supo mejor que nadie valorar a Emerson, el 19 de mayo de 1882 en *La Opinión Nacional*²⁷, a Walt Whitman, el 19 de abril de 1887 en *El Partido Liberal*²⁸, y Mark Twain, el 13 de enero de 1890 en *La Nación*²⁹. Pues bien, frente al más terco maniqueísmo que se conyuga hoy con la terrible niveladora de la globalización, para el mayor daño de la humanidad, nos parece que conviene recordar más que nunca este justo equilibrio de Martí en sus enjuiciamientos y la proclama alentadora que nos dejó para las luchas de hoy, al escribir en su ya tantas veces citado artículo «Nuestra América»:

Una idea enérgica, flameada a tiempo ante el mundo para, como la bandera mística del juicio final, a un escuadrón de acorazados³⁰.

²³ «Madre América», *O. C.*, VI, p. 140.

²⁴ «Oscar Wilde», *O. C.*, XV, p. 361.

²⁵ *O. C.*, V, p. 189.

²⁶ «El centenario de Calderón», *O. C.*, XV, p. 125.

²⁷ «Emerson», *O. C.*, XIII, pp. 17-30.

²⁸ «El poeta Walt Whitman», *O. C.*, XIII, pp. 131-143.

²⁹ «Clubs y libros», *O. C.*, XIII, pp. 459-461.

³⁰ *O. C.*, VI, p. 15.